

rio. Pero, cualesquiera que sean las condiciones impuestas al individuo por el movimiento de la industria, ya sabemos lo bastante para comprender que si queremos mejorarlas, no es tentado un imposible regreso hácia el pasado como podremos conseguirlo; porque una sociedad no puede, ni retroceder, ni permanecer estacionaria, sin desaparecer pronto bajo los pasos de las que prosiguen adelante.

CAPITULO VII

DEL CONSUMO DE LAS RIQUEZAS

§ 1. — De las diversas especies de consumos.

Se ha establecido precedentemente que la utilidad, relacion del hombre a la cosa, podia ser aumentada o disminuida por modificaciones operadas, sea en el hombre, sea en la cosa. De aquí dos especies de creaciones i de destrucciones de utilidad, las unas subjetivas, a que hemos reservado un capítulo ulterior, i las otras objetivas.

Los consumos objetivos, considerados relativamente al sujeto, podrian dividirse en dos clases, a saber: 1º consumos *involuntarios*, 2º Consumos *voluntarios*.

Los consumos involuntarios son los que tienen lugar contra la voluntad del hombre, como los que resultan de un accidente, tal como naufragio o incendio; o de una inhabilidad, como cuando el cocinero deja quemarse una vianda, cuando el sastre o el zapatero cortan mal e inutilizan un pedazo de paño o de cuero, cuando el minero, despues de haber cavado pozo y galerías, no encuentra la rica veta que buscaba. Es verdad que son las mas veces actos de la voluntad los que dan lugar a los consumos de esta especie, pero estos actos no tienen lugar sino en virtud de esperanzas que el éxito frustra, i el consumo que de ello resulta es perfectamente involuntario.

Cuando el hombre se aplica a la producción, ejercita la prevision, pero esta prevision, incierta por su naturaleza, puede siempre ser burlada. ¡ Cuántas veces el cazador o el pescador, despues de un dia de fatiga (i de gasto por consiguiente), vuelven a su morada sin haber cojido nada o mui poca cosa! En vez de haber aumentado la suma de sus riquezas o de haberla al ménos conservado íntegra, se han empobrecido. Otro tanto puede decirse del agricultor que, despues de un año de trabajo, no obtiene mas que una pobre cosecha; otro tanto del artesano o del negociante: do quier se observan contrariedades de pérdidas, sea por efecto de la inhabilidad del productor i de sus falsas operaciones, sea por la influencia de causas sobre que el hombre no puede ejercer accion alguna. El riesgo es inseparable de todos nuestros trabajos i nuestros cálculos mejor fundados no constituyen nunca mas que probabilidades: debe pues asignarse al riesgo su lugar i su parte. Es cierto que este lugar i esta parte disminuyen a medida que la ciencia, la prevision del hombre aumentan, de tal suerte que en rigor se pueden considerar los consumos involuntarios como si solo constituyesen una disminucion de poder productivo, i será lo que haremos: pero importaba llamar a ellos la atencion del lector.

Estudiemos ahora los consumos voluntarios suponiendo que la voluntad del hombre alcanza siempre por ellos el fin que se propone, la satisfaccion de una necesidad, i considerándolas, no en cuanto al sujeto, sino en cuanto a su forma.

Nuestras necesidades se dividen naturalmente en dos clases: 1º necesidades *personales* o necesidades propiamente dichas; 2º necesidades de industria o *mediatas*. Toda la industria tiene por fin la satisfaccion de las primeras, de que las segundas no son en realidad mas que un apéndice i una dependencia. Tengo necesidad de un alimento llamado *pan*: he aquí una necesidad *personal*. Para

satisfacer esta necesidad, es menester una tierra preparada, semilla, abono, ganados, útiles e instrumentos, un molino, una panadería, i quién sabe cuánto mas. Las necesidades que corresponden a estos objetos son necesidades *mediatas*, dependencias de la necesidad personal que el pan puede satisfacer. Deseo un cuadro: esta es otra necesidad personal: la necesidad del lienzo, de los pinceles, de los colores i, en jeneral, de todo lo que se llama los materiales del cuadro, son necesidades *mediatas* que cesan de existir desde que la primera desaparece.

La satisfaccion de la una i de la otra clase de necesidades da lugar a consumos, en cuanto que para satisfacerlas se destruye o se amengua la utilidad incorporada a ciertos objetos. La utilidad del arado que se gasta, disminuye i desaparece al fin como la del pan que se come: la del añil empleado en teñir el paño desaparece con la del vestido hecho de este paño. Con todo, por poca atencion que se aplique al exámen de los fenómenos, se percibe una diferencia importante entre el consumo del arado i el del pan, entre el del añil i el del vestido. En efecto, es mui cierto que si se atiende al añil solamente, su utilidad ha perecido de un modo absoluto? ¿ No vuelve a encontrarse en ninguna parte? No ha hecho mas que cambiar de cuerpo, por una especie de metempsícosis; ha pasado del añil al paño; existe todavía i no ha dejado de existir un solo instante, de tal modo que si se hiciese un inventario despues de la tintura del paño, se encontraria esa utilidad tan bien como cuando estaba incorporada al añil. La del vestido raído, la del pan comido, por el contrario, han desaparecido i en un inventario no volveria a hallarse de ellos ningun vestijio.

Lo que decimos del añil puede decirse del arado, del molino i de otras máquinas que han servido para hacer el pan: su utilidad no se ha incorporado toda en un solo pedazo de pan: pero se incorpora poco a poco en la suma

de los pedazos de pan a cuya produccion han contribuido. En estos casos, la transmigracion de utilidad, si así puede decirse, no es tan visible como cuando se trataba del añil, pero no es ménos real, como puede cualquiera convenirse examinando los hechos con atencion.

Existe pues entre las dos clases de consumo que acabamos de separar esta diferencia, que en los que sirven a la satisfaccion directa de nuestras necesidades personales i que llamaremos *remunerativos*, la utilidad perece, mientras que en los otros la utilidad cambia de cuerpo sin dejar de existir. Estos últimos no son pues, propiamente hablando, consumos: son solo *transformaciones* de utilidad, i este es el nombre que les daremos en lo sucesivo, reservando el nombre de *consumos* a los solos consumos remunerativos.

En tanto que las utilidades no son mas que transformadas i no destruidas, duran i constituyen un capital o capitales: desde que son aplicadas a los consumos remunerativos, dejan de existir.

Los consumos remunerativos o consumos propiamente dichos son el fin de la produccion pasada i la condicion de la produccion futura; porque no se trabaja sino para consumir i no se puede trabajar sino a condicion de haber consumido. Ellos sostienen i hacen durar al hombre, que es el poder productivo por excelencia, de tal suerte que constituyen una transformacion de la utilidad en poder productivo, del mismo modo que la produccion es una transformacion de poder en utilidad. Así en la vida industrial el poder enjendra incesantemente las riquezas, i las riquezas mantienen por su consumo i perpetúan el poder productivo. He aquí porque las riquezas existentes o capitales son con mui justa razon considerados como uno de los elementos del poder productivo.

Estos capitales son incesantemente consumidos, como el arado o el molino cuya utilidad perece con la de los

pedazos de pan en que sucesivamente se ha incorporado, i habria de deducirse de la suma de las riquezas existentes, si el poder productivo, alimentado mediante los consumos remunerativos, no reemplazase incesantemente por el trabajo la utilidad que arrebató a la suma de las riquezas conservadas o capitales. El trabajo alimentado por los pedazos de pan en que ha venido a incorporarse poco a poco la utilidad del arado, del molino, de la panadería, etc., restituye cada dia utilidad al arado, al molino, a la panadería, de manera que se pueda consumir siempre sin agotar nunca el fondo de utilidades existentes.

Los objetos que suministran la materia de los consumos remunerativos son los únicos que, alimentando directamente el poder productivo, se transforman en cierto modo en trabajo, de manera que puede ser casi instantáneamente reemplazados por objetos de la misma naturaleza o por instrumentos de trabajo o materiales, o por objetos destinados tambien al consumo remunerativo, pero diferentes. En una palabra, como el trabajo puede aplicarse al jénero de produccion que se desee, los capitales aplicados al consumo remunerativo pueden renacer bajo la forma que se quiera. Los objetos cuya utilidad se incorpora lentamente a los que alimentan el consumo no pueden renacer tan pronto en una forma nueva: su utilidad no se transforma sino poco a poco, a medida que entran en el consumo: otro tanto puede decirse de los objetos destinados a un consumo lento, como los cuadros, libros i estatuas.

Sobre esta observacion está fundada la distincion de los capitales en *fijos* i *circulantes*, sobre que tendremos ocasion de volver al tratar de la distribucion.

Hasta ahora no hemos considerado el ahorro mas que al punto de vista de la abstinencia, por su lado desagradable i costoso. Ahora conviene considerarlo por el lado positivo del consumo.

El ahorro no puede ser fecundo sino dando lugar a un

consumo. Robinson tiene un capital de alimentos que quiere ahorrar útilmente. Qué hace? consume estos alimentos mientras aplica su trabajo a levantar un edificio o a descepar. Qué hace un propietario de hoy en caso igual? entrega los alimentos para el consumo a obreros que desagan sus tierras, extraen de ellas piedras, trasportan en ellas marga, etc. Se dice con razon que este capital, entregado al consumo, es conservado, por que ha sido reproducido bajo otra forma en el tiempo mismo en que se consumia, por el trabajo de los que le han consumido.

Entre las trasformaciones de capital de que hemos hablado i el ahorro hai esta diferencia que las trasformaciones propiamente dichas tienen lugar sin consumo, mientras el ahorro transforma los capitales por un consumo que alimenta el trabajo del cual dimana una nueva creacion de riquezas.

En jeneral el ahorro da lugar a la creacion de objetos que no son destinados a los consumos remunerativos, como mejoras territoriales, máquinas, útiles, etc. A veces el ahorro se limita a aumentar la suma de las provisiones de alimentos, de materias primeras, de mercaderías de toda clase propias al consumo.

El tipo del ahorro es la administracion del empresario de industria que entrega sin cesar al consumo capitales que el trabajo reproduce i aumenta sin cesar.

Se cree vulgarmente que el ahorro no tiene límites, i en efecto no tiene límites absolutos. Pero cual que sea el pais, cual que sea el tiempo que se considere, el ahorro se halla limitado por la dificultad de imaginar consumos reproductivos sin los cuales no hai ahorro.

§ 2. — Del limite de los consumos reproductivos.

Cada una de las combinaciones diversas de las fuerzas productivas de la sociedad constituye un estado industrial particular, una organizacion distinta determinada por un ideal: del estado de adelanto de este arte depende el grado de utilidad efectiva de la materia i de las fuerzas que encierra, i de él tambien la proporcion en que puede ser empleado a cada instante en la industria el trabajo bajo sus dos formas, i por consiguiente los capitales i los hombres. Si bien el poder productivo de una sociedad cualquiera o de toda la humanidad no tiene ningun límite absoluto existente o asignable, si bien es, en una palabra, siempre susceptible de acrecentamiento, tiene siempre un *limite actual* determinado por el desarrollo efectivo del arte que enjendra el estado industrial existente, i por la materia finita a que este arte se aplica. Mientras el ideal no hace progresos, el estado industrial no podria tampoco hacerlos, ni el poder productivo aumentar: por el contrario, desde que el ideal se extiende o el arte hace progresos, el poder productivo aumenta i el estado industrial se modifica sin que el trabajo haya aumentado. En el alma humana es pues donde debe buscarse el principio de todo mejoramiento i de toda decadencia industrial.

Estas observaciones pueden parecer sùtiles i poco dignas de atencion, pero son necesarias, i se han cometido graves errores por haberlas desatendido, cuando, por ejemplo, se ha tomado el límite actual del arte industrial por un límite absoluto, i cuando se ha creído, porque no se veía ningun límite absoluto, que no existia tampoco límite actual.

Formulemos pues aquí una proposicion fecunda en con-

secuencias i que con mui justo título se puede considerar como fundamental : « En un territorio i en un estado industrial cualesquiera, la proporcion de empleo relativo del trabajo bajo la una o la otra de sus dos formas es determinada, i el empleo posible de cada una de ellas está limitado, por el arte industrial existente : esta proporcion puede ser alterada, i el campo de empleo, si así puede decirse, del trabajo bajo una i otra forma puede ser aumentado o reducido por los progresos ulteriores del arte industrial. »

Cuando se concibe la idea i la voluntad de fabricar un producto cualquiera, se concibe al mismo tiempo la idea de un conjunto de medios para obtenerlo. Estos medios son instrumentos, útiles, etc., es decir, capitales; o esfuerzos físicos, es decir, hombres, i las provisiones necesarias a estos hombres durante el trabajo, es decir, otros capitales; todo en cantidades determinadas i limitadas. Lo que es cierto respecto a un hombre lo es tambien respecto a un pueblo, como podrá comprenderse por un ejemplo.

Existe en Chile cierta agricultura que los agrónomos llaman *extensiva*, i cuyos caracteres principales son: grande extension de dehesas naturales, algunas tierras arables apenas descuajadas, e inmensos rebaños paciendo en libertad en los campos en que viven al aire libre, dia i noche. Este jénero de cultivo exige poco trabajo muscular i poco trabajo de ahorro, es decir, pocas capitales bajo la forma de instrumentos de trabajo, pocas semillas i pocas provisiones para la alimentacion de los trabajadores, pocas oficinas de explotacion. Es bien sabido que bajo el imperio de este sistema, de este arte, un predio de una determinada extension exige tantos cultivadores, tantas cabezas de ganado, tantos caballos, tantos arados, u otros instrumentos de agricultura, tantas oficinas de explotacion, etc.; que, pasada esta cantidad, no traeria ventaja aumentar, ni el número de los obreros, ni la suma de los capitales em-

pleados en el predio. Aquí se vé i se toca en cierto modo el límite que resulta del arte industrial.

Imajínese ahora la introduccion en aquel pais del cultivo europeo o *intensivo*. Será preciso descuajar toda o casi toda la tierra : una parte será sembrada de cereales, miéntras otra se dedica a prados naturales o artificiales. Entónces se hace necesario aumentar mucho el trabajo corporal : es menester una cantidad mayor de instrumentos de trabajo, nuevos edificios para aposentar a los hombres i guardar las provisiones i los útiles. No es esto todo : el cultivo de los cereales, del lino, del cáñamo, etc., esterilizaria la tierra en poco tiempo si no se tuviese cuidado de reparar sus fuerzas vejetativas con abundantes abonos : por consiguiente, será preciso encerrar el ganado en el establo i poner a cubierto su provision de pastos del mismo modo que el alimento de los hombres. ¡ Cuántos edificios que hacer ! ¡ Cuántos transportes que efectuar ! ¡ Cuánto material que crear ! ¡ Qué enorme acrecentamiento de empleo para los capitales i para los trabajadores, para el trabajo bajo sus dos formas ! ¿ I porqué se habrá operado este inmenso cambio ? Unicamente porque el ideal, el arte industrial ha cambiado.

En el estado industrial actual la relacion que existe entre el trabajo corporal i el trabajo de ahorro no es probablemente la misma que en el estado industrial cuya introduccion acabamos de suponer : pero ni en el uno ni en el otro los hombres i los capitales reciben una aplicacion arbitraria. Existe en la proporcion de empleo de las dos formas del trabajo una relacion, tal vez desconocida pero fija, de tal suerte que con cierta suma de trabajo corporal no puede obtenerse el producto apetecido sino mediante el concurso de una suma de capitales, i recíprocamente, una suma de capitales no puede conservarse en la produccion sino mediante el concurso de una suma determinada de trabajo corporal.

Dos condiciones son por tanto necesarias para que una suma de trabajo corporal pueda ser empleada productivamente : 1º la existencia de un arte que le asigne un empleo; 2º la existencia de los capitales que, conforme a las prescripciones de este arte, deben concurrir a la produccion con aquella. Del mismo modo, para que una suma de capitales pueda ser empleada de manera que se conserve, se requieren dos condiciones : 1º la existencia de un arte que le asigne un empleo; 2º la existencia de la suma de trabajo que, conforme a las prescripciones de este arte, debe concurrir a la produccion con la suma de capitales. Así el arte crea la necesidad de capitales i de trabajo, i, dado el arte, la existencia de los capitales crea una necesidad de trabajo corporal, i la existencia de los obreros que prestan el trabajo corporal crea una necesidad de capitales. Si las exigencias del arte fuesen satisfechas i si el arte mismo cesase de hacer progresos, no habria lugar en el mundo ni para una suma de trabajo, ni para una suma de capitales superiores a las existentes. Si las exigencias fuesen satisfechas en cuanto al trabajo i no en cuanto a los capitales, habria lugar para el ahorro i la conservacion de nuevos capitales, i no para un trabajo corporal mas considerable; i si existiendo todos los capitales exigidos por el arte, la suma del trabajo fuese insuficiente, seria imposible ahorrar i conservar en la produccion una suma de capitales mayor que la existente, al paso que seria fácil emplear mas trabajo. Tales son las consecuencias directas e inmediatas de este hecho evidente : que el arte, susceptible de progresos indefinidos, se halla sin embargo, en cualquier instante que se le considere, encerrado dentro de ciertos límites.

Estas consecuencias son opuestas a la opinion vulgar, segun la que no puede haber nunca demasiados capitales, en cuanto que siempre es posible acumular mas. Se consideran los capitales como una suma de numerario amon-

tonada i conservada, de tal suerte que se puede siempre aumentar por la agregacion de algunas piezas de moneda. No obstante, observando bien las cosas, se ve que la acumulacion de la moneda en tesoros cesa desde el momento en que el que acumula deja de tener motivos de prepararse un recurso para tal o cual eventualidad, o considera esta eventualidad como tan poco probable que no se da la pena de proveer a ella. Lo mismo sucede respecto del ahorro bajo todas sus formas : tiene lugar en jeneral de tres maneras : 1º por trabajos que se incorporan al suelo, como desmontes, irrigaciones, abonos, etc.; 2º por la creacion de útiles i de máquinas; i 3º por el aumento de provisiones. Se puede siempre sin duda, cuando se tiene un excedente de producto, multiplicar bien los mejoramientos del suelo, bien las máquinas i útiles, o aumentar las provisiones; pero nada de esto se hace sino cuando se espera del ahorro una remuneracion suficiente para recompensar el esfuerzo que cuesta, i hai un límite, fijado por el arte industrial, en que esta remuneracion deja de existir. Este mismo es tambien el límite de acrecentamiento de los consumos productivos.

§ 3. — Accion del consumo sobre la industria.

El consumo es el fin de la industria, pues el deseo de satisfacer nuestras necesidades es el que nos hace trabajar i producir. El deseo de consumir no solamente pone la industria en movimiento, sino que la dirige; determina nuestra eleccion entre los varios objetos a la produccion de los cuales se puede aplicar el trabajo.

La eleccion de nuestros consumos determina pues la direccion jeneral del trabajo. Si se considera al individuo aislado, esta proposicion es evidente : ántes de saber a que